

Regina y Marcelo,
un duetto de amor



Ana María Cabrera

Regina y Marcelo,
un duetto de amor



Ediciones Felicitas



Cabrera, Ana María

Regina y Marcelo : un duetto de amor / Ana María Cabrera. - 3a ed revisada.

- Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Felicitas, 2015.

238 p. ; 22 x 15 cm.

ISBN 978-987-27829-4-8

1. Novelas Históricas. I. Título.

CDD A863



www.edicionesfelicitas.com



@editfelicitas



Editorial Ediciones Felicitas



anamcabrera23@gmail.com

Queda hecho el depósito que establece la LEY 11.723.

Impreso en Argentina – *Printed in Argentina*

*Para mamá y papá,
por su historia de amor.*

CAPÍTULO 1

A decorative flourish consisting of a central vertical line with two symmetrical, curved, scroll-like elements extending outwards and downwards from the base of the line.

Era más de medianoche. Se escuchaba la risa de María Adelaida. Lo mejor de la bohemia de Lisboa estaba en el departamento de la actriz del teatro Gimnasio. Se recitaron sonetos y se cantaron a la luz de las velas algunos fados, los poemas más hermosos de toda la música portuguesa.

-¿Se enteraron del último escándalo de Portugal?- preguntó un conocido periodista.

-¿Y lo que ocurrió en París?-acotó más tarde una exhuberante poetisa.

Desde el balcón del primer piso la luna plateaba la rúa do Loreto. “*Una furtiva lágrima/.....M’ama si, lo vedo, lo vedo...*”. La melodía de “Elixir de amor” llegó hasta el tercer piso. Allí estaban de parto. Los gemidos de la mujer eran acompañados por la ópera de Donizetti hasta que fueron interrumpidos por el primer llanto del bebé.

-¡Es una niña!-dijo la partera.

Los padres se besaron con ternura. Después de retirar los cabellos del sudoroso rostro de la parturienta el hombre besó la manita de la niña.

-Es noche de Reyes. La llamaremos Regina.-dijeron casi al unísono y abrazados se durmieron con la armónica belleza de “Elixir de amor” que llegaba desde el primer piso.

Era el 6 de enero de 1871. Acababa de nacer en Lisboa Regina Isabel Luisa Pacini. Su papá se llamaba Pietro Pacini. Era director escénico del Teatro Real de San Carlos. Siendo muy joven había cantado como barítono en Ancona. Mientras actuaba en Cádiz conoció a la andaluza Felicia Quintero. Ella tenía el cabello castaño y la piel clara. Se casaron en Portugal donde nacerían los hijos mayores, José, el 1 de septiembre de 1862 y Constanza, el 10 de mayo de 1866. Vivían en la rua Loreto , casi esquina de la rua de Emenda en frente de la farmacia Barreto.

Ya amanecía cuando se escucharon los últimos acordes de la música de la fiesta del primer piso. El cuchicheo de los saludos de despedida eran devorados por el silencio de la mañana. Un rato más tarde el llanto de la criatura acompañó los primeros sonidos del día. Felicia empezó a amamantarla. Luego madre e hija se durmieron. Un rayo de luz iluminaba la placidez de los rostros.

Poco tiempo después la niña fue bautizada en la iglesia de Nuestra Señora de Loreto.

Felicia y Pietro eran felices viendo crecer a sus hijos. Cuando Regina empezó a caminar cada domingo la familia, después de misa, paseaba por el barrio. Casi siempre se detenían para deleitarse con el canto de algún fado.

El hombre de la casa solía invitar a barítonos y sopranos para que interpretaran famosas arias. La hija menor corría al lado de su padre para que la alzara. Sentada sobre sus rodillas escuchaba a los artistas con atención. Cuando se retiraban la niña se dormía acunada con la dulzura de la voz de Pietro.

-Quiero ir contigo, papito.-le rogó Regina.

La pequeña ya tenía cinco años. Caminaban tomados de la mano. El cielo era un terciopelo púrpura. Fueron por esa Lisboa antigua, tímida y melancólica. Recorrieron sus calles en espiral con perfume a castañas asadas.

Llegaron al Teatro Real de San Carlos, edificio de estilo italiano. Se había construido en sólo un año y se inauguró con “La ballerina amante” de Domenico Cimarosa el 30 de junio de 1793. El teatro era una réplica del San Carlos de Nápoles y obra del arquitecto José Costa e Silva durante el gobierno absolutista del marqués de Pombal.

Padre e hija entraron. Los primeros compases de la ópera “La sonámbula” de Bellini irrumpieron en la sala. El cuerpo de Regina se estremeció. Ella permanecía de pie presa del sortilegio de la música. Los ojos, desmesuradamente abiertos; la boca, a punto de dejar escapar algún sonido. No perdía movimiento de la intérprete ensayando sobre el escenario. Por fin, sobrevino el último acorde de la ópera. La niña, sin poder moverse. Los cantantes se fueron yendo. Todo era silencio, apenas se escuchaba el sonido que producía el decorado que em-

pezaban a retirar. El teatro quedó vacío. Regina temblaba de ansiedad por subir al escenario. Fue entonces cuando la voz de su padre la sobresaltó:

-¿Quieres subir, mi Reina?.-le propuso.-Juega aquí mientras arreglo unos papeles en la oficina.-agregó.

La pequeña asintió con un leve pero seguro movimiento de cabeza. Estaba sola. Caminó lentamente. Saltó uno a uno los escalones. Al llegar un halo mágico la envolvió. Iba de uno a otro extremo como si el espacio le perteneciera. Ella y el escenario eran un mismo ámbito. El corazón de Regina latía acelerado. La niña reía y lloraba al mismo tiempo. Sin saber cómo ni por qué comenzó a cantar. Imitaba el gorgojo de los pájaros mientras su pecho se henchía de gozo.

Como en un sueño vio al público de pie, aplaudiéndola. Se restregó los ojos. Pestañó al percibir dentro de su ilusión al rey Luis I y a la reina María Pía en el palco real. La pequeña seguía saludando a tres señoras que estaban sentadas. Eran las tres grandes del *bel canto* : Adelina Patti, Nellie Melba y Emma Nevada. Regina hacía una y otra vez las reverencias con la cabeza inclinada hasta que una voz la despertó de su ensueño.

-Vamos, mi Reina. Ya se hizo tarde-era Pietro que había concluido su trabajo.

Sin poder salir del sortilegio que le producía el teatro la niña regresaba de la mano de su padre. Iba tarareando “Una furtiva lágrima ” de “Elixir de amor”.

Las visitas al Teatro Real de San Carlos se repitían con asiduidad. Algunas veces presenciaba un ensayo de

Emma Nevada, otras de Adelina Patti, quien a los siete años había hecho su debut en Nueva York para llegar a ser la *prima donna* del “Covent Garden” de Londres y de la Opera de París. Regina pasó ese tiempo también en los camarines de las divas donde se sentó en sus regazos.

Desde muy pequeña y por influencia de Felicia, su madre, fue gran devota de la Virgen del Carmen. Como buena hija de española la niña fue educada dentro de un profundo sentido religioso.

-Madre de Dios, te pido poder cantar algún día en el teatro.-rezaba Regina.

Este ruego se repetía cada noche antes de dormirse.

El 9 de julio de 1878 la familia asistía al nacimiento de un nuevo hijo. Se llamó Carlos.

La música, las arias de “La sonámbula” y de “Lucía de Lammermoor”, cantadas por las grandes divas, los gorjeos sobre el escenario vacío, todo ese mundo de ensueño artístico se desvaneció el día que murió su padre. Pietro Pacini falleció el 31 de mayo de 1882. Regina tenía once años. El hombre sólo dejó por herencia un pasado de cantante y muchos sueños. Pacini murió pobre y su familia quedó en una precaria situación económica. Felicia y sus cuatro hijos tuvieron que mudarse a una vivienda más chica en la rua da Trindade. Desde allí la niña siguió soñando con aquel mundo perdido del Teatro Real de San Carlos hasta que una noche se decidió:

-Madre, quiero ser cantante.-le anunció a Felicia.

Al escucharla la mujer asoció arte con fracaso y pobreza. ¿Qué otra experiencia había tenido junto a su marido? Pero el empecinamiento de la niña la persuadió.

-Mi *queridinha*, ¿cómo pagaremos tus clases?.-le preguntó con lágrimas en los ojos.

-Pero *mae*, la Virgen del Carmen me escuchará. Ya verás.- respondió con fe arrolladora.

Regina tenía la profunda convicción que le había inculcado su madre. Era desenvuelta y graciosa como ella. Del padre había heredado la intuición artística. Su bisabuelo, Luis Pacini, fue compositor y cantante de la Scala de Milán. Y su tío abuelo, Giovanni Pacini, compuso noventa óperas además de oratorios, cantatas y misas y terminó como profesor de música en Viareggio y en Lucca.

Tanto insistió la jovencita que su madre se animó a hablarle a Napoleón Vilani. El maestro había conocido a Pietro y sabía de su talento y su afición a la música. Al entrar a su casa el amor de madre de Felicia y el apasionamiento por la ópera de Regina convencieron a Vilani.

-Sólo tengo un turno disponible : el de las once de la noche. En fin, -agregó después de suspirar.- le daré clases gratis.-dijo con la voz entrecortada.

Aquella noche la hija de Pacini, quien por ese entonces tendría catorce o quince años, no pudo dormir. Al día siguiente, después de cenar un cosido partió con su madre a la primera clase. Fueron caminando por las calles solitarias donde sólo se escuchaba la voz de algu-

na mujer entonando un fado con acompañamiento de guitarra y viola.

El maestro las recibió con una sonrisa. La jovencita temblaba. Una nueva vida comenzaba para Regina. Antes de empezar la lección las convidó con un caldo verde, la sopa más popular en Portugal. Ellas aceptaron porque tenían frío.

Empezaron con ejercicios para aprender a respirar. Día tras día, con un duro trabajo, Regina logró una nítida vocalización. Con el correr del tiempo y gracias a la técnica maestro y discípula fueron puliendo las arias de “La sonámbula” y de “Lucía de Lammermoor”.

La muchacha tenía apenas dieciseis años cuando el barítono Cotogni y el maestro Marino Mancinelli, grandes amigos de su padre, decidieron hacerla cantar “La sonámbula” en el “Covent Garden”. Imposible dejar de imaginar la emoción de la joven al llegar al popular teatro de Londres donde actuaban las grandes divas del *bel canto*. ¡Por fin había llegado! ¡Cuántas veces soñó con conocerlo! Pero todavía no era posible debutar allí.

-Imposible que una principiante interprete “La sonámbula”. Esta misma temporada lo ha cantado nada menos que la Russel.-afirmó el director.

Volvieron a Portugal en silencio. No querían responder a las preguntas. Mancinelli y Cotogni conversaban sobre el futuro de Regina.

-Tiene una voz sublime.-se decían con asiduidad.

Querían hacer algo para que la muchachita comenzara su carrera. Por fin se decidieron. A los pocos días Mancinelli y Cotogni fueron a entrevistar a Campos Valdéz para que aceptara el debut de Regina en el Real de San Carlos. Ya que no había sido posible cantar en Londres lo haría en su patria, en el teatro adonde llegó de la mano de su padre, donde había empezado a soñar con su vida de artista.

La primera prueba fue una audición con Pontecchi, músico del San Carlos. Todos quedaron extasiados por la armonía de su voz. Luego participó de un ensayo de orquesta. ¡Qué conmovedor fue para la novel cantante tener a la totalidad de los músicos a sus pies, en el foso, interpretando la melodía!. Supo cantar magníficamente acompañada por la orquesta y también aceptó algunos consejos de Marino Mancinelli.

-Le daré la oportunidad.-expresó por fin Campos Valdéz.- Interpretará el papel protagónico de Amina y después de quince días el de Lucía en “Lucía de Lammermoor” de Donizetti.

Regina no podía creer lo que estaba escuchando. Por fin, su debut y como protagonista. La acompañarían Oreste Gennari como Elvino y Pablo Meroles como el conde Rodolfo.

Cuando se enteró su madre se opuso inmediatamente.

-No estoy de acuerdo.-sentenció Felicia.

-Su hija llegará a ser una *prima donna*.- refutó Cotogni

-Me niego a que inicie una carrera lírica.-reiteró la señora de Pacini.

-Pero, mamita. El canto es mi vida.- le rogaba la hija con lágrimas.

-Es que tengo miedo. Tu padre...entregó su vida a la lírica y-se abrazó llorando a Regina y agregó:-...Además no es carrera para una mujer honesta y cristiana.

Los hombres respetaron en silencio el emocionado abrazo de madre e hija. Unos minutos después mientras enjugaba su llanto Felicia expresó:

-Esta bien. Iremos a consultarlo con mi confesor.

La mujer y su hija se dirigieron a la estancia donde habitaba el sacerdote italiano Próspero Peragallo, quien había sido amigo de Pietro. El clérigo vivía junto a la iglesia Nuestra Señora de Loreto en el Largo das duas Igrejas.

Caía la tarde cuando la madre de Regina se arrodilló frente al confesionario. Después de persignarse cerró los ojos, bajó la cabeza y susurró:

-Ave María Purísima.

-Sin pecado concebida. ¿Qué la trae por aquí?.-preguntó preocupado el sacerdote.

-Padre,.....mi hija quiere ...cantar.-respondió sollozando.

-En el teatro como en todas partes hay gente buena y mala. Si la pequeña puede tener en él un gran porvenir no sería justo malográrselo.-el padre Peragallo hizo una pausa para continuar diciendo:-Ella es buena y con la educación cristiana que le has dado, no abrigues te-

mor, seguirá siendo buena. Hija, ahora recemos juntos un avemaría por ella.

Más tarde Regina y su madre compartieron un té con el clérigo. Caminaron los tres a orillas del lago en silencio. Disfrutaron del violeta del anochecer sobre los árboles.

Al despedirse el sacerdote tomó la mano de la joven para decirle:

-Yo iré contigo a los ensayos.

Y cumplió con su palabra.

Al llegar a la casa Regina se abrazó a la madre sollozando emocionada.

-Canta. Te doy mi bendición.-dijo Felicia.

La muchachita no podía creer lo que escuchaba. Saltaba de alegría y besaba a la madre.

-Tienes todo nuestro apoyo.-dijeron Constanza y José, sus hermanos.

La noche del esperado debut llegó. Era el jueves 5 de enero de 1888. El exigente público del Teatro Real de San Carlos cuchicheaba ansioso. Desde la noche en que cantó “La Patti”, cuando se anunció que Regina interpretaría a Amina en “La sonámbula”, se escucharon insistentes comentarios a favor y en contra de la joven artista. En el restaurante Silva se decía:

-Jaime Batalha Reis afirma que la Pacini es un prodigio.

-Marino Mancinelli la escuchó, lo mismo que el maestro Machadinho, y consideran que es extraordinaria.

Todo Lisboa había llegado en landós y berlinas para escucharla cantar. Los críticos de treinta y cinco medios de difusión ya ocupaban sus puestos. Se lo veía a Augusto Peixoto. Bajo el seudónimo de María da Fonte escribía en sus “Crónicas de Lisboa”:

“Manos aristocráticas, finamente gantées, jugueteaban nerviosamente con primáticos de oro; las risas disimuladas tenían un timbre metálico. Las dudas se entrecruzaban en un charloteo continuo, algunas veces rechazadas por la fe, pero el escepticismo seguía ganando terreno; los críticos afilaban sus bisturís; los habitués se atrincheraban en su rigidez, viejos con calvas relucientes como grandes bolas de marfil, mostraban su señorío, pero diciéndose a sí mismos que esa noche sería un fiasco.”

Mientras tanto en el camarín Regina estaba nerviosísima envuelta entre indicaciones del director de orquesta Machado, retoques de maquillaje y los últimos ajustes de la vestuarista.

-¡*Meu Deus!* No doy más.-expresó histérica.

-La virgen del Carmen te protegerá.-le dijo la madre besándole la cabeza.

Los hermanos se acercaron para abrazarla en silencio.

Allá en su habitación en el Largo das duas Igrejas Peragallo, el fiel confesor, encendía un cirio para pedirle al Señor por el éxito de la pequeña Regina.

La hija de Pietro Pacini ya se encaminaba al escenario donde había soñado este debut desde los cinco años. Respiró hondo. Empezaron los primeros acordes de

“La sonámbula” que compuso en el año 1831 Vincenzo Bellini para los grandes cantantes Giuditta Pasta y el tenor Giovanni Bautista Rubini. Esta ópera cuenta una historia de amor situada en las montañas suizas.

La voz de Regina se apoderó de la sensibilidad del público. El timbre purísimo se escuchó en el “*Come per me sereno*” y cuando concluyó la dificultosa *cavatina* se produjo un significativo silencio en la sala. Por fin estalló el cerrado aplauso. El público, de pie. Ya se oían los “¡Bravo!”.

Llegó al acto 3º deleitando con su garganta de sonidos homogéneos en todos sus registros. Abordó con afinación perfecta y vocalizada nítidamente el “*Sopra il sen la man mi posa*” hasta culminar con el exigente rondó “*¡Ah non giunge!*” donde hizo gala de la suavidad de la media voz que ella sabía modular en un murmullo delicioso.

Ya todos coincidían en el maravilloso talento de la niña. La discrepancia de opiniones de los días anteriores fueron acalladas con el unánime aplauso. Desde el paraíso colmado de estudiantes y empleados hasta las plateas y palcos engalanados con duques, vizcondes y millonarios se escuchó un “¡Bravo!”. Ella permanecía en el escenario con las luces a pleno. Sonreía colmada de flores. Esa noche Regina Pacini se sabía la reina de Lisboa.

Las risas y el champagne acompañaron hasta el amanecer el festejo en casa de los Pacini. No era para menos Regina cumplía diecisiete años y nacía a un futuro

brillante en el mundo lírico. Estuvieron allí músicos, asistentes, amigos y críticos.

Al otro día el entusiasmo continuaba. Después del almuerzo ya estaba la familia ansiosa por conocer la opinión de la crítica.

-Escuchen lo que dice “El Journal do Commercio”.- expresó José. La madre acercó una silla para sentarse y atender:.-*“Elegir una ópera como “La Sonámbula” en vez de cualquier romanza convenientemente estudiada preparada y rabachée. Debutar en estas circunstancias en el San Carlos en vez de intentar esta primera proeza en cualquier recital en un teatro particular, son actos que traducen un raro coraje, una confianza ilimitada, que son un justo y fundamentado reconocimiento de los propios méritos, una conciencia de fino temperamento, una sangre fría que sólo los bienaventurados pueden tornar realizables.”*

Constanza estaba ansiosa por hacer conocer la crítica del “Correio da Manhã”:

“Si leyéramos en un diario extranjero que en Francia o Inglaterra, o en Italia, en un teatro donde está cantando “La Patti”, donde hace quince días la Nevada produjo el delirio en “La Sonámbula”, una niña de 17 años, ayer perfectamente oscura, debutó como dama ligera, el mismo género de “La Patti”, cantando “La Sonámbula”, la ópera que hace pocas noches fue divinamente cantada por la Nevada, y logró en esa ópera y en ese debut una ovación extraordinaria,

una de las ovaciones más brillantes, espontáneas y unánimes que se hayan hecho en ese teatro, quedaríamos asombrados y envidiando mucho al público privilegiado que tuvo el placer de ver debutar a una artista tan extraordinaria, que debutando en estas circunstancias extremadamente peligrosas, logra hacer de sus primeros pasos un triunfo excepcional.”

Regina Pacini permanecía en silencio disfrutando de los recuerdos de la noche anterior. Ya casi no escuchaba el parloteo de sus hermanos y el bullir de la intermitente charla de su madre con la vecina. La muchacha se regodeaba con la imagen de la gran Adelina Patti entre el público de la platea. Tuvo la certeza de que jamás iba a olvidar sus palabras cuando al terminar la representación la diva se dirigió al escenario y con desusada generosidad le dijo:

-En el teatro, yo no empecé tan bien como tú...Serás la que me sustituirá y llegarás adonde yo no he llegado.